

ENTRE MADRE E HIJO

[DIÁLOGO DE LA TIERRA AL CIELO]

—EL. —Madre, buenos días: vengo a besar tu alma hoy que es día de todas las madres, las que están en el cielo como tú y las que están todavía en la tierra. —¿Cómo estás madrecita?

ELLA. —Muy bien hijo mío, puesto que vives tú.

EL. —¿Y qué haces en el cielo madre?

ELLA. —Cuidarte siempre. Dondequiera que vas te acompaño. Cuido tu cuerpo que no se enferme, y tu alma que no sufra.

EL. —¿Y sabes de mis dolencias y de mis penas?

ELLA. —Soy tu sangre y tu espíritu y por eso sé lo que haces, lo que piensas, lo que sientes. Y por eso eres feliz, porque yo te amparo a toda hora. Cuando trabajas estoy pendiente de tus actos para que sean rectos, útiles, bienhechores. Cuando piensas me adentro en tu mente y confundo mi pensamiento con el tuyo y entonces, sin que te des cuenta piensas como yo, porque yo te inspiro con la ayuda de Dios.

EL. —¿De Dios?

ELLA. —De Dios, hijo mío, porque las madres que estamos en la gloria tenemos gracia divina.

EL. —Y lo que siento en el corazón también lo sabes?

ELLA. —Lo sé, porque lo presiento. Es más, las madres tenemos el don de adivinar y crear los sentimientos filiales y por eso vivo dichosa, porque yo misma creo tus venturas o las crío con mis bendiciones.

EL. —¿Y mis penas madre?

ELLA. —Dios te las manda para que sepas soportar y amar el dolor.

EL. —Soportarlo, sí, con resignación cristiana; pero amar-lo...

ELLA. —Amarlo también por los beneficios que nos procura.

EL. —Pero —¿qué bien nos hace el dolor? Al contrario, nos daña. Si es físico, lastima o atormenta. Si es del alma, deprime, enferma y mata.

ELLA. —Sin el sufrimiento no sabríamos apreciar las venturanzas en su egregio valor. Sin el sufrimiento no recibiríamos la dicha como aleluya y como redención.

Además, el dolor fortalece nuestro carácter y afina nuestros sentidos haciéndolos más sutiles y sensibles.

EL. —¿Por eso sufrimos más, madre?

ELLA. —Sí, y por eso somos más venturosos, hijo; porque la existencia terrenal sin el sufrimiento sería una algarada; y con el dolor un poema; porque el dolor ennoblece las almas y embellese la vida.

* * *

ELLA. —Escúchame, hijo mío.

El amor maternal es el único sublime porque el dolor del parto lo sublimó divinizándolo.

Los hijos nacieron de un gran dolor y por eso se les ama más. Y ese amor se transforma en adoración cuando sufren y en idolatría cuando son ingratos o perversos.

EL. —Pero madre, está bien extremar el amor con el enfermo y con el triste, pero no con el malvado y el ingrato.

ELLA. —Las madres nunca creen en la culpa de sus hijos porque piensan que ellos son inocentes y ellas las culpables.

EL. —Pero eso es un absurdo.

ELLA. —Es justicia divina. Los hijos son criaturas carnales y espirituales de los padres. La suerte de ellos depende de sus progenitores. La herencia del alma y de la sangre de los hijos, buena o mala, les viene de los padres. Ellos son los autores y los responsables de esas vidas. Ellos deben sufrir la consecuencias de su obra.

EL. —Pero si hay madres bonísimas que tienen vástagos criminales.

ELLA. —Es cierto pero aún en ese caso, una madre que tiene

un hijo indigno de su estirpe, que niega con sus actos su origen virtuoso y con sus sentimientos y palabras la fuente providencial que le dio el ser, merece el repudio de los hombres, pero no el de su madre que es símbolo genuino de perdón y sacrificio.

EL. —Eres admirable.

ELLA. —El admirable es Dios, hijo mío, porque El transforma nuestros sacrificios en deleite y da a nuestro dolor transportes de felicidad.

EL. —Pero eso es un milagro madre.

ELLA. —El amor materno es un milagro que nos hace tener culto por todos los dolores que nos dan los hijos.

EL. —Sólo las santas piensan así.

ELLA. —Es que todas las madres tienen algo de santas, hijo mío.

* * *

EL. —Tú que estás allá arriba vives dichosa. Yo que estoy acá abajo, vivo pensando en tí y pensando por tí.

ELLA. —¿Pero por qué?

EL. —Porque me enferman mis remordimientos, madre, por lo mucho que te hice sufrir.

ELLA. —Pero hijo mío, cuando me hacías sufrir yo amaba mi dolor porque eras tú quien me lo causaba.

EL. —No me perdono haberte abandonado porque mis ausencias eran suplicios para tí.

ELLA. —Es cierto, pero yo gozaba con mi amargura sabiendo que tú eras dichoso.

EL. —Pues por eso me avergüenzo, porque encontraba la felicidad corriendo el mundo lejos de ti.

ELLA. —¿Y qué más podía yo pedir al Señor que te hiciera feliz lejos de mí?

EL. —Fui ingrato contigo, madre, y ese es mi peor castigo.

ELLA. —No fuiste ingrato, fuiste hombre, viviste tu vida de placer y amaste mucho, y al que ama mucho los dioses lo perdonan y la madre antes que los dioses.

EL. —Yo te quisiera creer para vivir tranquilo el resto de mis días.

ELLA. —Tienes que creerme con sólo recordar mi plegaria cuando te dije adiós, para subir al cielo.

Recuérdala bien.

EL. —¡Oh, sí, recuerdo la escena de tu partida, mamá. Tus ojos tenían fulgores de beatitud: tal era su hondo fondo de ternura; tu voz era apacible, con tonos muy suaves como de rezo y tus manecitas siempre cálidas sentíanse tibias y su piel era tan delicada como los pétalos del geranio!

Yo estaba a tu vera junto a tu lecho en una sillita breve que me permitía contemplarte y oírte muy cerquita para no perder los últimos instantes de tu vida que se te estaba yendo.

Yo te acariciaba sin cesar antes que te marcharas, porque me figuré que el destino quería arrebatarme muchas de tus mejores ternuras, las mejores porque eran las últimas, y son las últimas las que llevan impregnadas la misericordia del Señor.

ELLA. —Y luego, cuando sentí que ya me iba, en un esfuerzo supremo, con la conciencia clara y plena de que cumplía el más sagrado de mis deberes maternos, como orando ante el hijo bueno que fuiste siempre, te dije esta letanía que destiló mi corazón:

Mi tesoro,
mi hijo padre,
mi orgullo,
mi amor santo;
consuelo de mi vejez,
alegría de mi muerte,
dicha de mi dolor,
fiesta y pan de mi alma;
mi ilusión cuando niño,
mi temor cuando joven,
mi honra cuando hombre,
mi premio siempre,
¡Qué Dios te bendiga!...

EL. —Y yo te dije sollozando:

Gracias, mamá...

¡Gracias Dios mío!

ELLA. —Sí, te contesté, dale gracias a El porque Dios es
“un gran corazón de madre”...

(“Excélsior”, 9 de mayo de 1953)